

Quotidianus sermo. La lengua de las inscripciones de ámbito privado en el Occidente romano.

La diglosia a través del registro epigráfico

La adquisición del latín en las culturas occidentales fue un proceso diacríticamente heterogéneo en el que tuvieron lugar fenómenos de contacto lingüístico no muy diferentes de los actuales. Según la canónica publicación de Fishman (Fishman 1967), una sociedad en plena transición lingüística puede albergar bilingüismo con o sin diglosia y diglosia con o sin bilingüismo. Dicho esquema puede tomarse como referencia para analizar la latinización.

Reflejos del bilingüismo en época antigua los hallamos en las inscripciones en dos lenguas, en lenguas mixtas y en transliteraciones de la lengua vernácula en alfabeto latino. Pero ¿es posible reconocer situaciones de diglosia a partir de la documentación epigráfica? A diferencia de las fuentes orales en las que se fundamentan los sociolingüistas para estudiar los contactos entre lenguas vivas, los historiadores sólo contamos con el registro epigráfico, condicionado por el grado de conservación de las inscrip-

nes, por el nivel de alfabetización de la sociedad en cuestión y porque el propio tipo de expresión escrita exige un grado mayor de reflexión que la oral.

Sólo la comparación del lenguaje de inscripciones públicas y privadas dables en una época de romanización avanzada podría reflejar algunos destellos de una sociedad diglósica. En este póster se proponen algunos ilustrativos estudios de caso.



Lengua local como 'lengua L'

Según la definición amplia de "diglosia" de Fishman, dicho fenómeno se da cuando hay un reparto de funciones entre una lengua y otra en la misma sociedad. Una de las posibles relaciones que se pueden dar entre estas dos lenguas es que una sea la escrita, la lengua "cultura" (H), mientras que la vernácula sea la usada cotidianamente (L). La primera, según el clásico estudio de Ferguson, se considera más prestigiosa, se aprende de forma reglada, tiene un léxico culto y una gramática compleja, está estandarizada y cuenta con una tradición literaria; mientras que la segunda dispone de un léxico más adecuado a las expresiones populares y de categorías gramaticales reducidas, no está homologada ni tiene un corpus literario. Esta relación de lenguas podría haber sido la que tuvieron el británico o el galo con el latín.

En *Britannia* el latín fue la lengua de la expresión escrita, por lo que prácticamente no hay testimonios escritos de la lengua local. Aun así, han llegado hasta nuestros días algunas inscripciones sobre instrumentum en las que aflora la lengua vernácula. Del conocido santuario de Bath procede una pareja de defixiones escritas en una lengua no latina (Tomlin 1988, n.º 14, 18) (Foto 1), cuando simultáneamente numerosos pedestales y altares con inscripciones completamente latinas decoraban profusamente el mismo balneario (RIB I, 138-178).

Del ámbito galo es llamativo que la mayoría de inscripciones "galo-latinas", contemporáneas de inscripciones netamente latinas, fuesen grabadas sobre *instrumentum*: anillos, fusayolas, tablillas y, sobre todo, cerámicas. Muestra de esta elección, por ejemplo, es el conjunto epigráfico de Autun, de donde proceden seis fusayolas redactadas en lengua gala (RIG II.2, L-112-119) (Foto 2) contemporáneas de inscripciones públicas latinas. De Puy-de Dôme (RIG II.2, L-21.1-2 y RIG.II.2, L-56-L-70) y Arras (RIG II.2

L-128) proceden grafitos galos sobre cerámica y otras tantas estampillas comerciales en latín (AE 1907, 171 a-h; AE 1993, 1201 a-b; CAG-62, 1: 131-159) y 63, 2: 113, 135-164), lo que desvela un uso distinto de escritura según la finalidad privada (propiedad, cuentas) o pública (comercial) de las inscripciones sobre cerámica (Foto 3).

El registro escrito itálico refleja una situación más compleja ya que existía un hábito epigráfico previo (Pocchetti 1993). Muestra de ello es el ámbito oscoparlante. Por un lado, los Heii colocaron inscripciones oscas en una Cumas donde en 180 a. C. se había solicitado permiso para hablar latín en asuntos públicos y comerciales, (Liv. XVI, 42). Por otro, Vibio Popidio en Pompeya conmemoraba un acto evergético con una inscripción pública en latín (CIL X 794) cuando simultáneamente miembros de su misma gens aparecían en inscripciones oscas también de cierta entidad (Ve 13, 14, 22a) (Foto 4). Como señaló Cooley (Cooley 2002), la situación de diglosia se mantuvo en Pompeya hasta el 79 d. C.

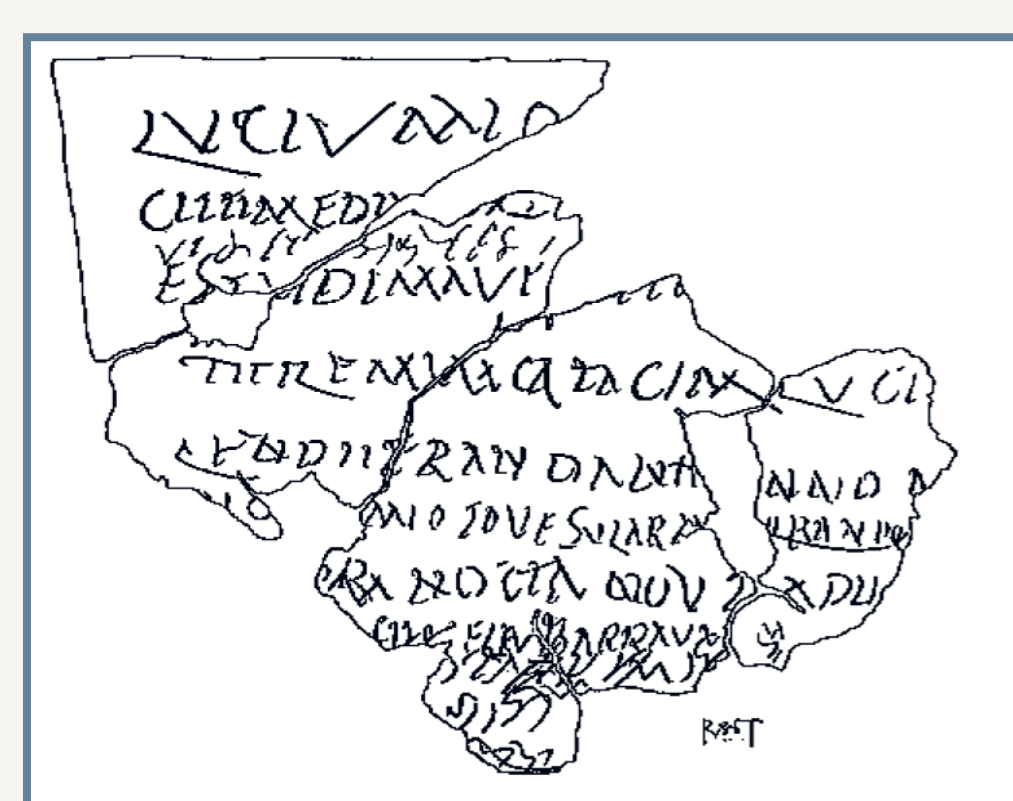


Foto 1. Dibujo de una defixio de Bath escrita en lengua céltica (Tomlin 1988, n.º 14).



Foto 2. Fusayola con inscripción en lengua gala, "Chica guapa, dame cerveza" (RIG II.2, L-112).

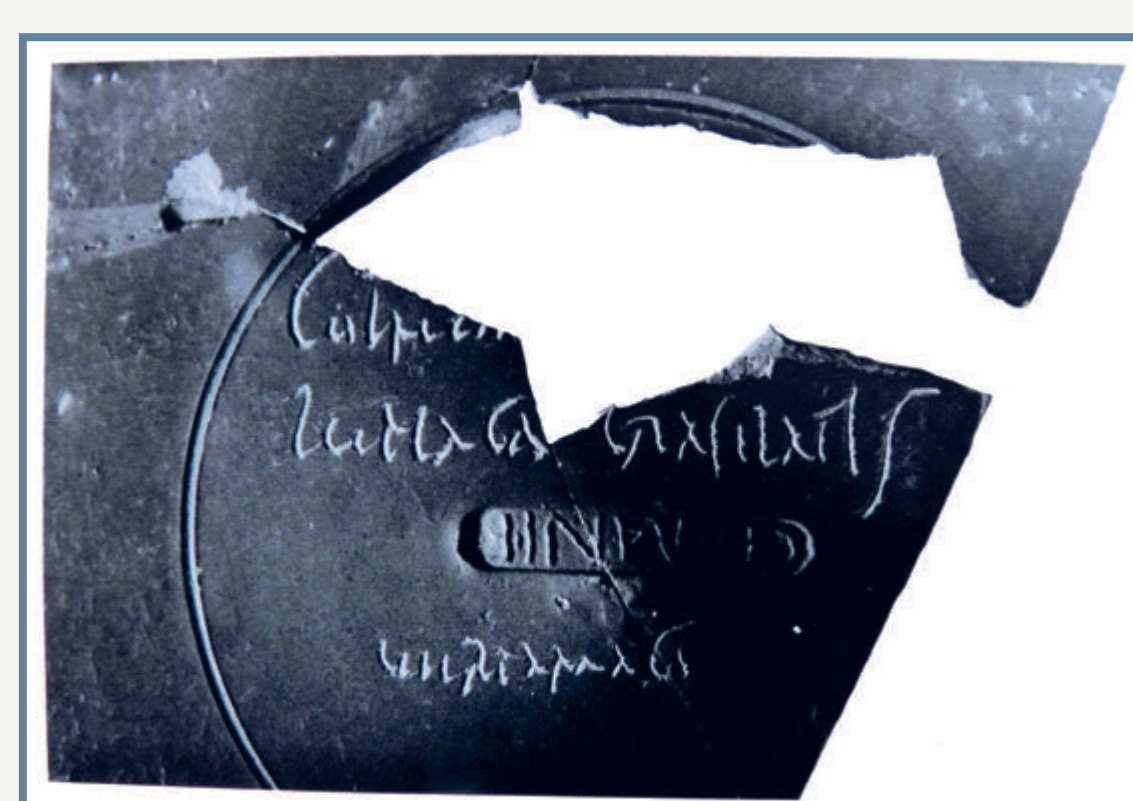


Foto 3. Fragmento de cerámica con estampilla en latín (*Germani filius*) y esgrafiado en galo ([--] Cuinti[--] lupiaca trasilatís uertamaca (RIG II.2, L-41).

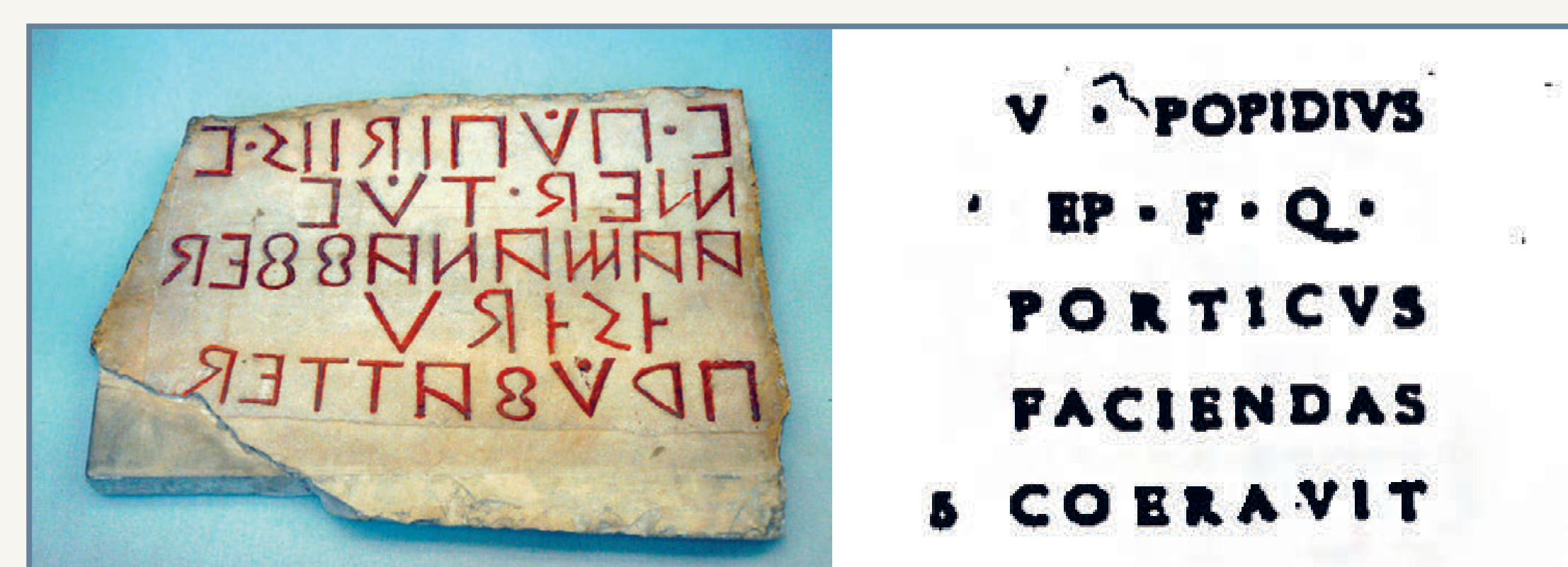


Foto 4. Inscripciones públicas osca (Ve 14) y latina (CIL X 794), en las que se consignan miembros de la familia pompeyana Pupidia. V. Popidius (derecha) desempeñaba un cargo cívico, la cuestura, a diferencia de N. Popidius (izquierda).

Recuperación de la lengua vernácula en el ámbito religioso

Tras la completa difusión del latín a lo largo de la segunda mitad del siglo I a. C. tiene lugar la recuperación de las ya obsoletas lenguas y escrituras locales. Esta tendencia parece fruto de una revitalización anticuarista y se observa especialmente en ámbitos religiosos.

Dos de los ejemplos más claros de esta elección lingüística son un par de inscripciones mixtas hispanas (MLH L.1.1 y L.2.1) (Foto 5) en las que los encabezamientos están redactados en latín y el grueso de los textos, en lusitano. También en la Galia la lengua local se retuvo de manera habitual en el ámbito religioso aunque el latín ya estuviera bien implantado. Ejemplos de ello son el calendario de Coligny y el pilar de los Nautas de París (Foto 6), de época tiberiana, en el que se representan divinidades romanas y galas cuyas didascalías están redactadas en las lenguas respectivas.

En ámbito umbro queda perfectamente ilustrada esta recuperación de la lengua local, gracias a las tres últimas Tablas Iguvinas (Foto 7), cuya lengua fue confeccionada artificialmente con el fin de recuperar una tradición religiosa incluso en época augústea. Y sin salir del ámbito itálico, un altarcito dedicado a la diosa *Fufluns* confirma la conservación / recuperación del osco en Pompeya en ambiente cultural.

Por lo que respecta al etrusco, aunque carecemos de textos religiosos largos tardíos, la tendencia al mantenimiento de la lengua y la tradición onomástica locales está atestiguada en algunas bilingües de época altoimperial (Benelli 1994, n.º 2, 7) (Foto 8). Especialmente llamativa en este sentido es la urna de Publio Volumnio de Perugia, cuya iconografía la sitúa en la

alta edad imperial, en la que, además del epitafio latino, se grabó otro en etrusco en el que un error ortográfico delata el desconocimiento de la lengua y la escritura vernáculas.

La propia Roma no fue ajena a esta costumbre de usar una lengua antigua y prácticamente incomprensible en la esfera religiosa: el *Carmen Aruale*, recuperado por Augusto, se incardina en la tendencia de elección de una lengua obsoleta con fines religiosos.



Foto 8. Urna de Publio Volumnio con iconografía inspirada en el *Ara Pacis* e inscripción latina bajo el frontón. El epígrafe etrusco (arriba, bajo la introducción) fue grabado en la cubierta (Benelli 1994, n.º 7).

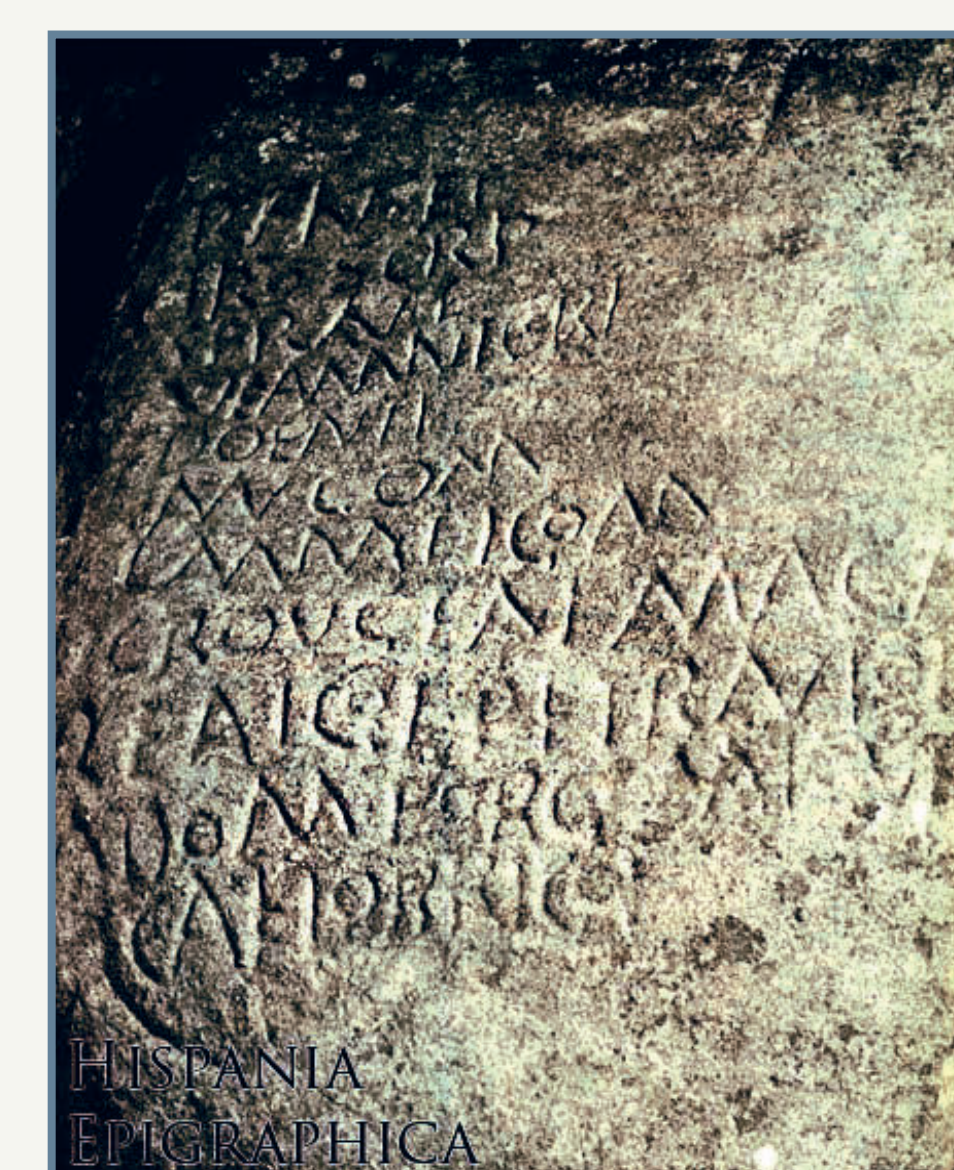


Foto 5. Epígrafe en lusitano con encabezamiento en latín: *Rufinus et Tiro scripserunt* (MLH IV L.2.1).



Foto 6. "Dado" del Pilar de los Nautas en el que se representa a *Taruos Trigranus* (RIG II.1, L-14).

Foto 7. Detalle de la quinta plancha de las Tablas Iguvinas. El sistema de escritura cambia pero la lengua sigue siendo umbro.

